

Mirando al poniente

Tres poetas españoles actuales de Extremadura

Tres poetas actuales procedentes de la región española de Extremadura situada en el suroeste de la Península Ibérica, nos han cedido generosamente una muestra de su producción poética inédita para la presente edición de *Ergoletrías*. De esta manera empezamos a propiciar un diálogo permanente, número tras número, con la literatura actual hispanoamericana. Esta sección de la revista se abre –precisamente– para mostrar una breve producción inédita de algún poeta o poetas invitados por fuera del país.

Elías Moro

Trilogía de los trenes tristes



Guardagujas

A Bohumil Hrabal

Ago ocurre en las ciudades de lo que nadie me informa. El tren de las diez y treinta demora su llegada desde hace meses. El penúltimo viajero que pasó por aquí huyendo en calma -lo supe en sus ojos, en sus ropas fatigadas-, traía un temblor inconcreto entre las manos y un amargo rumor en la boca acerca de nuevas guerras en las regiones del sur

he regado la parra virgen que sobrevive a poniente, he abierto para que entre el aire limpio las ventanas que dan al norte, he estirado con descuido las mantas del camastro que acoge y repara mi cansancio en cualquier momento del día o de la noche

desperezando sus alas y sus hambres, los milanos trazan espirales en este confuso azul que no conoce mar alguno

en pie sobre las traviesas los observo mientras estrangulo el tedio con las agujas del cruce, moviendo a un lado y a otro el horizonte paralelo y de hierro

en esta llanura solitaria, donde el camino es siempre el mismo y conduce a idénticos vacíos, el telégrafo teclea una escueta noticia, una orden concisa y seca: trenes rigurosamente vigilados

igual que me quedé solo, se me van agotando los víveres vigilando trenes que no están mientras espero a nadie

el último pasajero de este día tampoco tardará en marcharse

cumplo con el rito macabro, doliente, de besar el retrato de su ausencia.

Exilio

A Stefan Zweig

Sé que no he de regresar jamás a este lugar que hoy me expulsa de su lado cada paso que voy dando, cargado de hombros y en derrota, borra el trozo de calle inútil, harapiento, que queda detrás de mí, ese que no volveré a pisar

desde zaguanes en penumbra, bajo los toldos de los cafés, emboscados tras los diarios que informan de un nuevo estado de sitio, cientos de ojos certifican mi salida en un silencio cómplice y cobarde

subo al indigno vagón -sólo billete de ida- donde acomodo el equipaje: mi exigua maleta de despojos (un hatillo con comida fría,

dos gastados pantalones, zapatos heridos de polvo y dudas) y el oscuro gabán de los inviernos por donde asoma roto el libro con aquellos poemas que decías -grávida, enamorada- en los días felices hasta ayer (¿he de escribir el dolor que me provoca el deseo insatisfecho, imposible ya, de permanecer aquí a tu lado, el penar del pecho y de estas manos que nunca más te verán?)

por la ventana indiferente al movimiento que me aleja, un paisaje de barriadas sucias me conquista las retinas, añade sordidez a este momento

a una velocidad que no me satisface, siento el traqueteo frenético retumbando en mis adentros -lo recto y lo curvo del hierro rozándose ardiente a mis pies-, más cerca mi cuerpo cada vez de alguna frontera sin retorno

un penacho de humo blanco respuntea los rescoldos de la noche

con carbonilla en la mirada, en una plena desolación sin nombre, me dirijo hacia la lluvia para que no se vean mis lágrimas

Arbeit macht frei (antesala)

A Primo Levi

Tras el estruendo de días con hambre atravesando una Europa ensangrentada cuyos mapas cambian de mano cada noche a costa de muertos y ofensivas, de la angustia de un sueño sin descanso ni consuelo, del llanto en los rostros congelados de los niños, la máquina se ha detenido junto a los topes que clausuran el camino de repente

mientras las ruedas exhalan
un vapor de desgracia en el hielo
de la noche, los alambres de púas,
los reflectores, los tacones
pavorosos de las botas
susurran oscuras letanías
y bailan una lúgubre pavana
con el miedo de los deportados

bajo mandatos tajantes
en un idioma de locura,
por encima del brillo obscuro
de las ametralladoras
y el ladrido casi metálico de los perros,
alguien descorre con fiereza
los portones de la muerte,
se hacen saltar a culatazos
los cerrojos que la guardan

(junto a cada féretro rodante
hay una rampa para el ganado
-animales a punto para la muerte-
que conduce a la desaparición)

en el andén helado, la burocracia
extiende sus poderes,
sus sellos, los terribles documentos
donde se asientan los nombres
de los ya destinados al olvido

entreteniéndose la espera,
los oficiales fuman entre risas
y acarician dulcemente
las culatas de sus *Luger*

(dos letras gemelas refulgen,
cruelles como latigazos,
en el cuello de los uniformes,
carretillas chirriantes transportan bultos
cuyos brazos arrastran por el suelo)

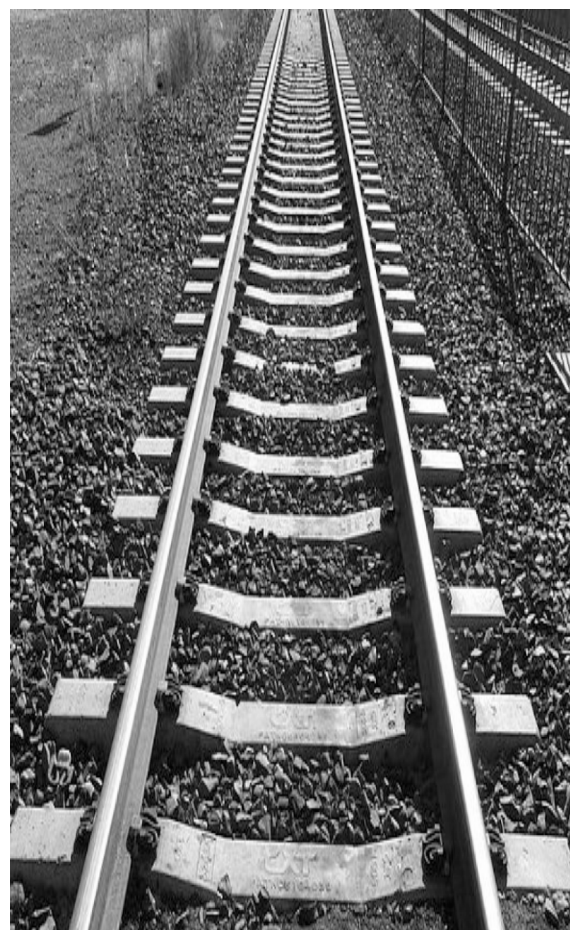
una orquesta de espectros ateridos
interpreta una la melodía de bienvenida
a un este infierno que es verdad

más allá de los disparos y los gritos,
detrás de los barracones en silencio,
alzándose como una catedral de adioses
sobre las copas mortecinas de los pinos,
la columna de ceniza
sigue su curso en el aire

(De *Hay un rastro*, de la luna libros, 2015)

Noticia del autor

Elías Moro (Madrid, 1959). Reside en Mérida desde 1982. Es autor de los libros de poemas *Contrabando*, *Casi humanos [bestiario]*, *La tabla del 3*, *Abrazos*, la antología *En piel y huesos* y *Hay un rastro*. En prosa ha publicado *Óbitos súbitos*, el volumen de textos breves *Me acuerdo*, el dietario *El juego de la taba*, *Manga por hombro*, una selección de entradas de su blog, los aforismos de *Algo que perder* y el volumen de greguerías *Morerías*.



Basilio Sánchez

Las estaciones lentas



Yo te hablo con naturalidad, como
hablamos a un árbol o a un arroyo.
En este inevitable
declinar de las horas, junto a la enredadera
perseverante de los muros que he cuidado,
que me han visto crecer,
me protejo con el mantillo de las palabras.

No escribo como el hombre
que lee en las entrañas de los pájaros,
sino como el que a solas reconoce el dolor
en el dolor;
el daño, en la inocente negación de la vida
Digo cielo ceniza,
pero es el cielo rojo de los atardeceres de los
puertos
y de los arrabales, el amarillo azul de los
establos
en el momento antes de las anunciaciones.

Varado como estoy en este viejo
corazón sin medida, conozco los caminos,
los bosques encalados de la noche,
la lámpara de alcohol
en las habitaciones que ha rondado la muerte.

No sabes lo que duele una hoguera encendida
en el amanecer de los suburbios,
la nieve apelmazada de los cuartos
en el blanco de la mañana.

Vivo en una casa atravesada por los árboles
en el bosquecillo de las ideas,
atravesada por el grito de las mujeres
que cuidan del ganado
en el horizonte de las ciudades,
por la algarabía de los niños
que golpean con sus manos los cartones del
cielo.

Soy el hombre que usa
para los pensamientos compartidos
las palabras de la privacidad,
alguien atemperado por la noche
que ha elegido la sombra de una nube
o la sombra de un árbol para reconciliarse con
los suyos.

Una palabra es siempre
tributaria de otra y, ambas, hijas
de la necesidad, de la carencia, del anhelo.

Hasta que cada uno asuma su relámpago
y se haga visible en una noche